

Cultura a la contra:

## ¡Hola, monstruo verde!

Se dice, o se decía, que la ciencia-ficción no es algo serio, que no es literatura. Se dice, o se decía, que en España es un género que no gusta, que los españoles somos realistas —o berzotas, como la famosa generación—, y que no queremos saber nada de fantasmas o especulaciones. Se dicen, se decían y se dirán muchas tonterías. La ciencia-ficción —yo prefiero llamarla ficción especulativa; es más bonito y como más francés— ha sido aplastada y oscurecida por la dictadura: el poder aborrece la especulación, y el poder absoluto rechaza la especulación absoluta. Ahora, ya liberados del monstruo que nos atenazaba —liberados, en parte, por lo menos—, los amantes de la ciencia-ficción nos soltamos la melena; los monstruos verdes salen de sus armarios y nos cuentan sus historias de lejanas galaxias o de muy próximos espacios interiores. No son terroríficos, no son espantosos: son más bien simpáticos, y nos devuelven el placer de la lectura y de la invención. Hacen, en fin, literatura.

Y no sólo es esto; resulta de pronto que los españoles hacemos muy bien ciencia-ficción. Prueba de ello, la última convención europea de ciencia-ficción, que acaba de celebrar su cuarta edición en Bruselas. En ella, tres premios internacionales han sido concedidos a España: al mejor fanzine —término técnico que designa a las revistas no profesionales—, para "Zikkurath"; a la mejor iniciativa dentro del campo fantástico, a Jacinto Molina —el inefable Paul Naschy, hombre-lobo de caperucitas azules—; y a la mejor obra de teatro a "Sodomáquina", de Carlo Frabetti. Son premios inesperados y maravillosos, que muestran un mundo de invenciones desconocido entre nosotros.

"Zikkurath" es una revista maravillosa: obra del trabajo personal de un hombre plenamente lanzado a ello, Fernando P. Fuenteamor, que dedica su escaso tiempo libre y el poco dinero que gana a poner en pie una revista literaria —literaria sin adjetivos, aunque se llame de ficción especulativa— de las más interesantes de este país. Fuenteamor, a pesar de lo que digan sus detractores, no se alimenta de rayos cósmicos ni bebe agua pesada; más bien tiene problemas con la línea, y enfunda su cuerpo, en invierno, en un grueso jersey azul que ni siquiera es cobalto. No es un mutante; ninguno de los amantes de la ficción especulativa lo somos, aunque —dado el triste estado de la raza humana— algunos lo deseamos. Es, simplemente, un amante de la literatura que, desde su tiendecita del barrio de Begoña, pone en pie un sueño, sublima una ilusión.

No voy a hablar de Paul Naschy, ese simpático loup-garou; sólo diré de él que, a pesar del juicio que nos merezcan sus películas, ha llevado a cabo su máxima ilusión: hacer de Drácula, de momia, de hombre-lobo y de gran inquisidor, dando cuerpo a nuestros amores más secretos. Ni tampoco de Carlos Frabetti, a quien todos conocemos en su doble faceta de impulsor de la ficción especulativa y practicante de oscuros pensamientos orientales, que él transmite en clarísimas formas de quehacer materialista y cotidiano. Ni hablaré tampoco de "Nueva Dimensión", una de las mejores publicaciones del género en Europa, y que al parecer —sería una pena— va a morir de inanición un día de estos. Sólo quiero hablar de los monstruos: de esos seres tentaculares que están entre nosotros, y a los que —gracias, precisamente, a la ficción especulativa— vamos empezando a perder miedo. Ya muere la xenofobia espacial, ya el Endriago del "Amadís de Gaula" puede entrar en un "pub" a tomarse un "cubata" sin que nadie grite ni se espante. Ya la imaginación no es sólo semillero de terrores, y los sueños de la razón no producen monstruos, sino agradables personajes tal vez un poco raros, pero nunca ajenos. Personajes entrañables a quienes se puede ligar con un sencillito: "Hola, monstruo verde, ¿qué haces tú en este bar?". ■ EDUARDO HARO IBARS.

doxas invenciones de lucha contra el fascismo de la época.

Con ciertas notas, comentarios y —claro está— sus respectivas partituras musicales y textos literarios, el "Cancionero...", además de remitirnos a una situación sociopolítica que nunca será suficientemente investigada, nos revela una serie de creaciones colectivas, anónimas o simplemente populares que constituyen un indudable logro cultural...

En parecidos y aumentados términos nos podemos expresar

nidad; entre esos nombres, los de Bertolt Brecht, Louis Aragon, Hanns Eisler, Rodolfo Halffter, Bela Reinitz, Schostakowitsch, el "internacionalista" Eugène Pottier, Paul Robeson, o el propio recopilador Busch. Y si bien entre todos esos temas, y otros muchos de autores de pocas o ninguna campanilla, proliferaron en algún momento los triunfalismos, las veleidades o la escasa altura artística, no fue sino debido a la urgencia de la situación, poco propicia para retoques y experimentaciones.

## CANCIONERO DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES



con relación al "Cancionero de las Brigadas Internacionales" (2). Un tomo de 190 páginas, primitivamente publicado por Ernst Busch, en Barcelona, 1938, y que recoge amplísimamente la masiva aportación de canciones creadas por y para aquellos que intervinieron en nuestra contienda civil, procedentes de cualquier parte del mundo, en defensa de la legalidad republicana y en contra del "fascioso fascio insurgente", por emplear la correcta terminología de la época. Así, pues, canciones interpretadas y compuestas originariamente en inglés, en francés, en alemán, en danés, en sueco, en italiano, en polaco, en yugoslavo, en húngaro, en checo..., que de todo hubo en la trinchera del "leal" al régimen democráticamente instalado en nuestro país en 1931 y vigente en el 36. Y, por supuesto, no faltan los temas en castellano o en catalán, que los de aquí o los de allá cantaban igualmente.

Hay que mencionar, para finalizar, que entre los autores de estas composiciones hay algunos muy ilustres, los cuales jamás consideraron el pequeño terreno de la canción como algo menor y desprovisto de dig-

Sin embargo, ahí quedará ese rosario de canciones, alientos, deseos, emociones y en ocasiones bravatas como testimonio vivo, fiel y muchas veces desgarrador de una lucha idealista cien por cien. ■ ALVARO FEITO.

## DISCOS

### Rock para tiempos tormentosos

En el contexto del rock de 1978, Tom Robinson es una insólita figura. En un momento especialmente cínico y apolítico, aparece un señor que sale al escenario escupiendo contra el fascismo, el racismo, el sexismo y otras bestias negras que rara vez son mencionadas en las letras de los grupos de primera fila. Y no sólo esto, sino que Robinson se define como homosexual activista, algo realmente destacable en un mundo tan impregnado de esencias machistas como lo es todavía el del rock. Sus canciones tienen estribillos machacones, y caen frecuentemente en clichés panfletarios, pero logran el impacto deseado:

(2) "Cancionero de las Brigadas Internacionales". Editorial Nuestra Cultura. Madrid, 1978. Introducción de Arthur London. Contiene traducciones al castellano de las canciones en otras lenguas.